

CUENTO N° 64

TITULO: EN NOMBRE DEL AMOR

SEUDÓNIMO: ANTONINA

AUTORA: GABY CHIPOCO SILES

EN NOMBRE DEL AMOR

Desciendo del avión y cruzo con pasos inseguros la pequeña losa que no calza en mi recuerdo de hace veinte años ¿Qué otras transformaciones me esperan? el pasado cruje al contacto con esta realidad y dudo. Temo que el andamiaje de mi memoria construida y amasada con rigor y dureza, se venga abajo y me deje desnuda, vulnerable. Bajo los lentes oscuros se me arrancan cuesta abajo lágrimas impotentes. Me meto apresurada a los baños, frente al espejo me recrimino, no he venido para esto.

Le doy la dirección al taxista, no reconozco las calles, hasta que veo en la esquina la antigua puerta de madera con buganvillas blancas coronando los muros, esa es. Busco el timbre colocado en el mismo sitio, Suena igual que entonces.

Papá, asoma tras las rejas del jardín, le repito soy yo, atónito abre los ojos y la puerta para abrazarme por completo con su perdón a medias. Aspiro el olor de su ropa, su piel y ¡como cuesta separarse! luego la voz de mama urge desde el interior, quiere saber quién ha llegado y apresurada retorno a su regazo.

Desde la puerta él pregunta - ¿has venido sola? - Por mi cabeza pasa la idea si me recrimina por viajar desde tan lejos sola o porque no he traído a su nieto, prefiero creer en lo segundo.

Mama cumplirá ochenta años este viernes. Por eso estoy aquí. Homenaje que en cierta forma busca resarcirla de la pérdida de sus dientes y sus cabellos al parir siete hijas. Siempre nos culpó de su infortunio al arreglarse los escasos pelos que le quedaban o retornaba adolorida del dentista antes de estrenar placa

completa en sus encías. La última foto protocolar de la familia completa distaba de hace mucho y debíamos actualizar el registro antes que empezaran los funerales, que ya era hora de cerrar ciclos. En fin, que los viejos tuvieran la alegría de ver a sus hijas juntas y vivas con el orgullo de misión cumplida.

Todas sus hermanas octogenarias habían recibido festejos más o menos deslumbrantes de sus vástagos con la tradicional proyección de fotos y videos, con ellos mismos posando desde muy niños hasta muy adultos, con las tías de costado sonriendo o de fondo, y en el declive de sus días le entregan la medalla al estoicismo de madre y cocinera en que resumió su vida. Mi mamá infaltable a los convites, comentaba disminuyendo los brillos y poniendo el dedo en las fallas, con dejo de envidia, y secreta esperanza de que no nos olvidemos. Tiene ilusión, como de jovencita que va a celebrar sus quince años.

Los niños, recolectores ambulantes de información, guardamos los comentarios de los adultos, a la espera de que calcen en el rompecabezas del mundo a descubrir. Recuerdo a mis tías, matronas vigorosas y hablantinas, llegando a casa, para navidad, o cumpleaños de mi mamá, trayendo cosas, o ropa usada, porque sus maridos les obsequiaban nuevas. Entonces mi padre, incapaz de negar la entrada, con el rostro airado desaparecía en el acto, decía que lo volvían sordo, pero no era el tono de voz, sino las conversaciones mal intencionadas de machacarle su pésima elección de hombre pobre. Eso en los oídos de mi padre, era fuego derretido. No es que no trabajara, por el contrario, tenía dos trabajos, pero el salario no cubría las carencias de la enorme familia, producto de la búsqueda del ansiado hijo varón, que después de siete embarazos, mi madre fatigada

canceló y partió a comprar la novedosa píldora. Nos decía, cuando la pobreza entra por la puerta el amor se va por la ventana.

Así que la tomaron con nosotros, las hijas. Cansados que nos miraran de soslayo, mi padre consiguió ediciones completas de enciclopedias para ilustrarnos y ella, montando en soberbia cólera, porque es escorpio, orgullosa y vengativa, sacrificaba el sueño para hacernos memorizar materias que nos llevaban cada año en la clausura escolar, a recibir los diplomas de primeros puestos y como trofeos los colgaba en el living. Aventajamos largamente a los primos que se burlaban y al rato se desquitaban de las sabelotodo con patadas en medio de los juegos en los campos de la abuela. Y crecimos para seguir compitiendo entre las primas por ver quien se hacía más bonita.

Pero, la sentencia paterna fue nada de novio sin profesión primero, al ver las continuas escaramuzas de jóvenes rondando la casa y que mi padre corría. Todas acatamos con susto, mis mayores recibían el título y mágicamente aparecía el novio a pedir la mano. Dicen que los hijos del medio son los conflictivos, yo era la numero cuatro, que a fuerza de erudición, curiosidad y rebeldía acumulada contra la trampa del matrimonio, decidí la soltería. Titulada con honores, mi yo femenino abrazó la maternidad pero sin dar a conocer al causante.

Ardió Troya conmigo dentro. Acusada de puta porque seguro no sabía quién era el padre, y de vergüenza familiar, hui al extranjero con mi hijo y la bendición de mamá. Tendí una capa de mutismo, aunque me llegaran de cuando en cuando largas cartas con amargos reproches.

Pero volviendo a mis tías, sospecho que entre las rivalidades familiares, han puesto también la longevidad, porque todas han llegado a los 80, y ya están contando los días para ver si hay o no celebración.

El genio de mi padre se había hecho más agrio, y últimamente había aguantado la ceremonia de las bodas de oro, bajo el tratamiento eficaz de muchas copas de vino que los yernos sobrevivientes - porque ocurrieron varios divorcios - le aplicaron para llevarlo al altar y sacrificarlo como cordero por segunda vez, según él, al renovar los votos conyugales con la bruja de mi madre, y que si no se había divorciado era porque tenía siete razones.

La menor, que es casi siempre la que se queda al final con los padres, será porque ya no hay a quien encargar después de ella a los viejos, y por otra parte es heredera natural de la casa paterna de la cual nunca salió, organizó la celebración en un club campestre muy bonito con hermosa arboleda, piscinas y glorietas. Para mi viejita esta celebración era su victoria sobre desiertos, abismos y derrumbes que debió recorrer entre cuchillos y lágrimas para arrear a su descendencia femenina, sobre todo a mí.

. Las dificultades empezaron con el padre, para convencerlo de asistir.

- ¿Quién más va a ir? - respondió con su ánimo festivo más lúgubre al saber los planes - si van tus tías yo no voy - sentenció seco y golpeado mirándome. ¿busca protegerme de sus lenguas o a sí mismo?

Dado el cisma familiar, resolvimos limitar los asistentes a yernos y nietos, que ya todos eran jóvenes. Y filmar la celebración para que la madre se pavoneara con las tías insidiosas.

Mi madre, contenta de vernos al fin reunidas, se dejó hacer, que a la boutique, a la peluquería, al spa. Redescubierta en su antigua belleza, se irguió tan naturalmente que olvidó el bastón.

El nieto mayor – todos los nietos nacieron varones incluido el mío – se encargó de acompañante de punto fijo del padre, quien se adelantó al entrar al salón, husmeó en la decoración, cogió la tarjeta que estaba junto a la de mi madre, y la llevó a la mesa señalada para los yernos y nietos.

Luego apareció ella, con el sol de noviembre jugueteando en su alma de escorpión, que sin inmutarse lo miró sentado al frente y sonrió. Las hijas rodeamos a la madre, abandonando la idea que pudieran bailar juntos una pieza, y mejor no provocar más al señor de las furias. Los mozos que nos atendían, al ver las mesas, una de varones y la otra de mujeres, pensaban que quizás éramos de alguna religión fundamentalista.

Al ingresar los dobles del trío “Los Panchos” favoritos de mis viejos, sobretodo en sus reconciliaciones, cantando las mañanitas, se encendieron las pupilas brillantes de ella, recordándome esos extraños días de armonía en que lograbamos olvidarnos y eran sólo los dos.

Y el vino y la música iban horadando la capa de dureza de mi viejo cuando uno de los yernos invita a mamá a bailar el bolero “Triunfamos” y veo a mi viejo que voltea el rostro ocultando una lágrima, entonces me abalanzo sobre él a riesgo del rechazo y lo arrastro a bailar.

- Mi leoncita- así me decía de niña - te voy a confesar algo que tus hermanas no saben – tu eres mi mejor hija y mi orgullo.

Aturdida por su confesión, busco una palabra pero una mano se posa en mi espalda y es mi madre, que reclama su pareja.

Entonces nos olvidan y somos niñas haciendo ronda a la pareja que baila ajenos al tiempo porque al fin y al cabo son nuestros viejos curtidos de espantos que llevaron la barca a destino sin naufragar.

Regreso a Ámsterdam apresurada, con una maleta por desempacar, cuando las fronteras del mundo se cierran y abrazada a mi hijo tiemblo. Pero sobre mi mesa, la fotografía de siete mujeres y dos ancianos me sonrían. ¿Qué decir?

FIN